

La estrella más brillante

Marian Keyes

La estrella más brillante

Traducción de
Matuca Fernández de Villavicencio

PLAZA  JANÉS

Título original: *The Brightest Star in the Sky*

Primera edición: febrero, 2010

© 2009, Marian Keyes

© 2010, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Mátuca Fernández de Villavicencio, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-33745-1

Depósito legal: B. 1.130-2010

Compuesto en Lozano Faisano, S. L. (L'Hospitalet)

Impreso y encuadernado en Liberdúplex, S. L. U.

Ctra. BV 2241, km 7,4

08791 Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

L 3 3 7 4 5 1

Para Dylan Martin

Hace un tiempo
yo fui tú
en la oscuridad
siendo real.

¿Qué ocurrió, niña
de los cabellos dorados?
¿Qué ocurrió entonces?
Yo no estaba allí.

Corriendo libre,
riendo sin freno,
rebotante de sol
me tendiste una mano.

Pero ese día
otro conquistó tu corazón.
Una mentira sonriente
en tu sendero danzó.

Hasta un bosque
lo seguiste.
Nadie vio
al lobo encapuchado.

Y ahora aquí estás
mirándome
con el vestido manchado,
las rodillas verdes.

¿Cómo puedo quedarme, sostener tu mano?
¿Cómo puedo sanar
esta muerte
de mayo?

Este día.
esta noche,
esta hora
tan esperada.

Esta tinta,
esta página,
esta oración
es para ti...

CHRISTINA REIHILL, «Caperucita Roja»,
de la obra *Soul Burgers*

*There is a crack, a crack in everything.
That's how the light gets in.*

[Hay una grieta en cada cosa,
así es como nos llega la luz.]

LEONARD COHEN, *Anthem*

Día 61

Primer día de junio, una tarde soleada, lunes. Tras sobrevolar las calles y casas de Dublín, llego al fin. Entro a través del tejado. Me cuelo por un tragaluz en una sala de estar y al instante me percató de que la persona que aquí vive es una mujer. La decoración tiene un toque femenino, con echarpes de colores pastel sobre el sofá y cosas así. Dos plantas. Las dos vivas. Un televisor de modestas proporciones.

Parece que he llegado en mitad de algo. Hay varias personas de pie en un círculo incómodo, bebiendo champán y haciendo ver que encuentran gracioso lo que los demás dicen. Por la variedad de edades deduzco que se trata de un acontecimiento familiar.

Abundan las tarjetas de cumpleaños. Los envoltorios de papel desgarrados. Regalos. Hablan de ir tirando hacia el restaurante. Ávido de información, leo las tarjetas. Van dirigidas a alguien que se llama Katie y que, según parece, está celebrando su cuarenta cumpleaños. Jamás habría imaginado que algo así mereciera mucha celebración, pero hay de todo en la viña del Señor, según me han contado.

Localizo a Katie. Parece mucho más joven, pero los cuarenta de ahora son los nuevos veinte de acuerdo con la información que poseo. Es morena, tirando a alta, con un busto generoso, y se esfuerza por mantenerse derecha sobre los tacones de aguja de sus botas de caña alta. Posee un campo de fuerza agradable; sus vibraciones son cálidas y equilibradas, como una maestra de primaria ligeramente sexy. (Aunque ese no es su trabajo. Lo sé porque sé un montón de cosas.)

El hombre que está a su lado con cara de satisfacción —satis-

facción que se debe, en gran medida, al nuevo reloj de platino que Katie luce en la muñeca— es su novio, su pareja, su amado, como quieras llamarlo.

Un hombre interesante, con una fuerza vital cautivadora; sus vibraciones son tan fuertes que casi resultan visibles. Te seré franco: me tiene intrigado.

Conall, le llaman. Por lo menos los miembros más educados del grupo. Otros nombres flotan en el éter —fantasma, capullo ostentoso— pero impronunciados. Los hombres no lo tragan. He identificado al padre, al hermano y al cuñado de Katie y ninguno le profesa simpatía. En cambio a las mujeres —la madre, la hermana y la mejor amiga de Katie— no parece disgustarles.

Te contaré algo más: este Conall no vive aquí. Un hombre con una frecuencia tan intensa como la suya no toleraría un televisor tan pequeño. O tener que regar las plantas.

Paso flotando muy cerca de Katie, que se lleva una mano a la nuca, presa de un escalofrío.

—¿Qué? —Conall parece dispuesto a batallar.

—Nada. Alguien acaba de caminar sobre mi tumba.

¡Será exagerada!

—¡Eh! —Naomi, la hermana mayor de Katie, está señalando un espejo que descansa en el suelo, apoyado contra un armario—. ¿Todavía no has colgado el espejo nuevo?

—Todavía no —dice Katie apretando los dientes.

—Hace siglos que deberías haberlo hecho. Creí que Conall se encargaría de ello.

—Conall me lo colgará mañana por la mañana —responde Katie con contundencia—, antes de marcharse a Helsinki. ¿Verdad, Conall?

¡Tensión! Silbando por toda la estancia, rebotando en las paredes. Conall, Katie y Naomi se disparan ondas de alto voltaje en un tirante triángulo, el efecto se expande hasta envolver a todos los demás. *Entre nous*, estoy impaciente por averiguar qué está pasando, pero, por desgracia, siento que una extraña fuerza se apodera de mí. Algo más grande o mejor que yo tira de mí hacia abajo. Atravieso la alfombra de pura lana virgen y unas vigas con muy mala pinta —invadidas por la carcoma, alguien debería saber-

lo— y aterrizo en otro lugar: el piso que hay justo debajo del de Katie. Estoy en una cocina. Una cocina sorprendentemente sucia. En el fregadero hay una caótica pila de cazos, sartenes y platos impregnados de pegotes de comida rancia, como si un grupo de artistas de Action painting hubiera hecho recientemente una visita. Hay dos hombres jóvenes y musculosos inclinados sobre la mesa de la cocina, hablando en polaco. Tienen las caras muy juntas y el tono de la conversación es apremiante, rayano al pánico. Ambos tiemblan de angustia, hasta tal punto que sus vibraciones se mezclan y no logro diferenciarlos. Por suerte, descubro que entiendo el polaco, de modo que ahí va una traducción aproximada de lo que están diciendo.

—Díselo tú, Jan.

—No, Andrei. Díselo tú.

—Yo lo intenté la última vez.

—Andrei, a ti te respeta más.

—No, Jan. Por mucho que me cueste entenderlo, como hombre polaco que soy, no nos respeta a ninguno de los dos. Las irlandesas son un misterio para mí.

—Andrei, si se lo dices tú te daré tres repollos rellenos.

—Que sean cuatro.

(Me temo que las dos últimas frases me las he inventado.)

Entra en la cocina el motivo de su agitada discusión y no entiendo de qué tienen miedo semejantes grandullones con sus tatuajes y ese corte de pelo moderno ligeramente intimidador. Esta pequeña criatura —irlandesa, a diferencia de los dos muchachos— es un bombón. Una muñeca de mirada pícara, pestañas largas y una cabeza de encantadores rizos que descienden en cascada por debajo de los hombros. Aparenta unos veinticinco y las vibraciones que emana son tan bríasas que atraviesan el aire en zigzag.

En la mano lleva un paquete de comida precocinada. Tiene un aspecto horrible. (Rosbif grisáceo, para tu información.)

—Adelante —susurra Jan a Andrei.

—Lydia. —Andrei señala la, francamente, asquerosa cocina. En inglés, le dice—: Limpia alguna vez.

—Alguna vez —acepta ella, cogiendo un tenedor del escurrer platos—. Pero, lamentablemente, no en esta vida. Ahora, aparta.

Prestamente, Andrei se hace a un lado para despejarle el camino hasta el microondas. Ella clava con violencia el tenedor en el celofán que cubre su cena. Cuatro veces. Cada punción suena como una pequeña explosión, lo bastante fuerte para que el párpado izquierdo de Jan tiemble. Hecho esto, introduce la caja en el microondas. Aprovecho para deslizarme detrás de ella a fin de presentarme pero, para mi sorpresa, me ahuyenta de un manotazo, como si fuera una mosca fastidiosa.

¡A mí!

¿Es que no sabes quién soy?

Andrei prueba de nuevo.

—Lydia, por favor... Jan y yo limpiamos mushas, mushas veces.

—Me alegro por vosotros. —Despreocupada respuesta de Lydia mientras localiza en las profundidades del fregadero el cuchillo menos sucio y lo coloca debajo del grifo medio segundo.

—Hemos hesho una lista de turnos. —Andrei agita débilmente una hoja de papel.

—Me alegro doblemente por vosotros. —¡Oh, qué dientes tan blancos, qué sonrisa tan radiante!

—Llevas tres semanas viviendo aquí. No has limpiado. Tienes que limpiar.

Una repentina emoción negra y amarga emana de Lydia. Por lo visto, sí limpia. Pero no aquí. ¿Dónde, entonces?

—Andrei, pichoncito, y también tú, Jan, mi otro pichoncito, imaginaos que la situación fuera al revés. —Agita el (todavía sucio) cuchillo para dar énfasis a su observación. De hecho, sé que hay 273 bacterias diferentes prosperando en ese cuchillo. Sin embargo, a estas alturas también sé que harían falta bacterias de enorme valor y heroísmo para ganarle la batalla a esta Lydia.

—¿Al revés? —pregunta, nervioso, Andrei.

—Supongamos que en este piso viviéramos dos mujeres y un hombre. El hombre nunca haría nada. Las mujeres lo harían todo. ¿Me equivoco?

El microondas pita. Lydia extrae su nada apetitosa cena y, con una sonrisa adorable, sale de la cocina para mirar algo en internet.

¡Caray con la señorita! ¡Una activista ciertamente fascinante!

—Nos ha llamado pichoncitos —dice fríamente Jan—. Detesto que nos llame pichoncitos.

Aunque estoy deseando ver qué ocurrirá a continuación —¿lágrimas por parte de Jan, quizá?— estoy siendo nuevamente desplazado. Hacia delante, hacia abajo, cruzo el insalubre linóleo, más maderamen poroso, y aparezco en otro piso. Más oscuro. Repleto de pesados muebles demasiado grandes y marrones para la habitación. Hay varias alfombras de estampados chocantes y visillos tan densos que parecen de ganchillo. Sentada en un macizo sillón hay una anciana de aspecto adusto. Las rodillas separadas, las zapatillas firmemente plantadas en el suelo. Debe de tener ciento dieciséis años por lo menos. Está viendo un programa de jardinería y, a juzgar por el ceño, se diría que no ha oído nada más estúpido en su vida. ¿Plantas perennes? ¡Eso es imposible, imbécil! ¡Todo muere!

Paso flotando por su lado y entro en un dormitorio pequeño y sombrío, luego me vuelvo en otro algo más espacioso pero igual de sombrío donde tropiezo con un perro de largas orejas, tan grande y gris que al principio lo confundo con un asno. Está desparramado en un rincón con la cabeza sobre las pezuñas y el humor enfurruñado. Percibe mi presencia y al instante se pone en guardia. No puedes engañar a los animales. Diferente frecuencia. Todo es una cuestión de frecuencia.

Paralizado por el miedo, con sus largas orejas de asno en alto, gruñe bajito, luego, desconcertado, se retracta. ¿Soy amigo o enemigo? No tiene ni idea, el pobrecillo.

¿Y el nombre de esta criatura? Aunque suena extraño, parece que se llama «Rencor». Pero tiene que tratarse de un error, *rencor* no es un nombre. El problema es que en este piso hay demasiadas cosas y eso ralentiza las vibraciones, que se mezclan con los estampados.

Dejo solo al perro-asno y regreso a la sala de estar, donde hay un buró de caoba tan compacto y pesado como un elefante adulto. Un modesto montoncito de correspondencia abierta me informa de que la vieja bruja se llama Jemima.

Al lado del correo hay un marco de plata con la foto de un joven, y una intuición repentina me dice que se llama Fionn. Significa

«El Justo». ¿Quién es? ¿El prometido de Jemima que cayó muerto en la guerra de los Bóers? ¿O acaso se lo llevó la epidemia de gripe de 1918? Pero esta foto no encaja con el estilo de la Primera Guerra Mundial. Aquellos hombres, con sus uniformes ajustados, aparecen siempre tan firmes y tiesos ante la cámara que cualquiera diría que les han metido el rifle por el recto. Invariablemente, todos lucen bigote y, por la mirada vidriosa y apagada que dirigen al observador, parece que estén muertos y disecados. Fionn, en cambio, parece un príncipe de un cuento infantil. Sobre todo por el pelo —rubio, largo y ondulado— y la mandíbula cuadrada. Viste cazadora de cuero y tejanos gastados, y está inclinado sobre lo que parece un arriate de flores, con un puñado de tierra en la mano que me tiende con una sonrisa osada, casi insolente, como si estuviera ofreciendo mucho más que... ¡Dios Todopoderoso! ¡Acaba de guiñarme un ojo! ¡Es cierto, me ha hecho un guiño! ¡Su fotografía me ha hecho un guiño! ¡Y una estrella de plata ha titilado en sus labios! Casi no puedo creerlo.

—¡Puedo sentir tu presencia! —ladra de repente Jemima, dándome un susto de muerte. Tan hechizado me tenía Fionn el Príncipe, su guiño y su brillo, que me había olvidado de ella.

—Sé que estás aquí. ¡Y no te tengo miedo!

¡Me ha descubierto! Y ni siquiera me he acercado a ella. Esta mujer es más sensible de lo que parece.

—Muéstrate —me ordena.

Lo haré, señora, no se preocupe. Pero todavía no. Tendrá que esperar. Siento que vuelven a tirar de mí, que sigo bajando. Ahora estoy en el piso de la planta baja. Puedo ver la calle desde la ventana de la sala. Detecto mucho amor aquí. Y algo más...

En un sofá, bañados por la luz parpadeante del televisor (32 pulgadas) hay... hay... bueno, hay un hombre y una mujer, pero están tan pegados que por un momento pienso que son un solo ente, un extraño ser mitológico de dos cabezas y tres piernas, justo lo que me faltaba. (La cuarta pierna está ahí, solo que escondida debajo de sus cuerpos.)

En el suelo hay dos platos donde distingo restos de una cena contundente: patatas, carne roja, salsa, zanahorias; me parece una pizca pesada para el mes de junio, pero ¿qué puedo saber yo?

Maeve, la mujer, ahora que ya he logrado distinguirla, tiene el pelo rubio y las mejillas rosadas, como un ángel de un cuadro. Su lozanía querúbrica se debe a que en otros tiempos vivió en una granja. Vivirá en Dublín, pero todavía lleva dentro el aire limpio del campo. A esta mujer no le da miedo el fango. Ni las ubres de las vacas. Ni que las gallinas se pongan de parto. (Sospecho que tengo un poco de lío con eso.) Pero esta mujer teme otras cosas...

Me cuesta hacerme una idea del hombre —Matt— por lo enredados que están. Tiene la cara prácticamente oculta. Curiosamente, están viendo el mismo programa de jardinería que Jemima un piso más arriba. Pero, a diferencia de Jemima, parecen pensar que es una maravillosa pieza de entretenimiento televisivo.

Inopinadamente, siento la presencia de otro hombre en el piso. Es débil pero basta para que salga pitando a comprobarlo. Como los otros tres pisos del edificio, este tiene dos dormitorios, pero solo hay uno que funcione como tal. El otro, el más pequeño, ha sido convertido en estudio-contenedor: una mesa, un ordenador y artículos deportivos abandonados (palos para caminar, raquetas de bádminon, botas de montar, cosas así), pero nada sobre lo que una persona podría dormir.

Curioso un poco más. Dos tazas a juego de Podge y Rodge en la cocina, dos cuencos de cereales de Tigger, dos objetos iguales de todo. Sea cual sea esta presencia masculina extra, no vive aquí. Y a juzgar por el estado abandonado del jardín trasero que se ve desde la ventana del dormitorio, tampoco corta el césped. De vuelta a la sala de estar, me acerco a la angelical Maeve para presentarme —ser amable— pero se pone a agitar los brazos como si estuviera nadando fuera del agua, desenredándose de Matt. Se incorpora bruscamente. Está blanca y tiene la boca abierta de par en par, formando una silenciosa O.

Igualmente consternado, Matt se libera con dificultad del combado abrazo del sofá.

—¡Maeve! Es solo un programa de jardinería. ¿Es que han dicho algo? —Todo su cuerpo expresa inquietud. Ahora que puedo verlo mejor, tiene una cara joven, simpática, segura, y sospecho que cuando no está preocupado sonrío mucho.

—No, nada... —dice Maeve—. Lo siento, Matt, tuve la sensación de que... No, no pasa nada. Estoy bien.

Vuelven, algo intranquilos, a enredar sus cuerpos. Pero la he alterado. Los he alterados a los dos y no quiero hacer eso. Me caen bien; me conmueve la peculiar ternura que comparten.

—Está bien —les digo (aunque, naturalmente, no pueden oírme)—. Me voy.

Me siento fuera, en el escalón del portal, algo desconsolado. Vuelvo a comprobar la dirección: calle Star, número 66, Dublín 8. Una casa georgiana de ladrillo rojo con una puerta azul y una aldaba con forma de plátano. (Uno de los anteriores inquilinos era un metalista vividor. Todo el mundo lo detestaba.) Sí, la casa es de ladrillo rojo. Y georgiana. Y tiene una puerta azul. Y una aldaba con forma de plátano. Estoy en el lugar correcto. Pero nadie me avisó de que aquí vive tanta gente.

Espera lo inesperado, me aconsejaron. Pero esta no es la clase de inesperado que estaba esperando. Este es el inesperado equivocado.

Y no tengo a quien preguntar. Me han dejado suelto, como un agente de incógnito. No tendré más remedio que apañármelas solo.

Día 61...

Pasé mi primera noche en el número 66 de la calle Star saltando de un piso a otro, preguntándome, inquieto, cuál era el mío. El piso de Katie estaba vacío. Al rato de mi llegada, su gente, envuelta en una nube de tensión, había partido hacia un restaurante caro. En el piso inferior, mientras Andrei y Jan limpiaban la cocina, Lydia se instaló frente a un pequeño escritorio encajado en un rincón de la sala, donde pasó largos e intensos minutos navegando por la red. Cuando se fue a su cuarto a dormir y Jan y Andrei se retiraron a su habitación de dos camas individuales para estudiar sus libros de gestión de empresas —qué buenos chicos—, bajé al piso de Jemima. Me cuidé mucho de acercarme a ella, no quería que volviera a increparme. Pero debo confesar que lo pasé en grande jugando con el perro Rencor, si es que la criatura realmente se llama así. Titilaba delante de su cara y él me miraba inmóvil, presa del pánico. En un momento dado me dio por bailar y debo reconocer que su gran cabeza gris se movió al mismo ritmo que yo. Contoneándome cada vez más deprisa, giraba sobre su testa mientras el pobre infeliz se esforzaba por imitarme, hasta que quedó tan hipnotizado que cayó desplomado al suelo, muerto de la risa. Llegados a este punto, lamentablemente, tuve que parar. No quería que vomitara.

Finalmente, regresé junto a Maeve y Matt, que era donde quería estar desde el principio pero, siendo como era un profesional, había juzgado conveniente explorar todas las posibilidades. Bien, exploradas estaban, al menos por el momento, así que con la conciencia tranquila podía reincorporarme a la pareja de tortolitos del sofá.

Fuera cual fuese el programa que habían estado viendo, acababa de terminar y Maeve abrió automáticamente los brazos para liberar a Matt de su abrazo. Matt rodó hasta el suelo y se levantó de un salto, cual geo irrumpiendo en una embajada enemiga. Una pirueta muy lograda, fluida, sin duda practicada con frecuencia, y suerte que los platos de la cena habían sido retirados o la preciosa camiseta de Matt se habría manchado de salsa.

—¿Té? —preguntó Matt.

—Té —confirmó Maeve.

En la pequeña cocina, Matt puso agua a hervir, abrió un armario y una avalancha de galletas y bollos casi le partió la crisma. Eligió dos paquetes —minirrosquillas de chocolate y galletas de chocolate con jengibre, las minirrosquillas eran las favoritas de Maeve, las galletas de jengibre las de Matt— y utilizando ambas manos devolvió el resto de los paquetes al armario y cerró velozmente la puerta antes de que pudieran volver a escapar.

Mientras aguardaba a que el agua rompiera a hervir abrió las galletas de jengibre y se zampó dos distraídamente, sin apenas saborearlas. Esta despreocupada actitud con las grasas trans y el azúcar refinado me llevó a sospechar que Matt consumía ambas cosas en generosas cantidades, y tras un detenido examen percibí un atisbo, un ligerísimo indicio... oh, sí... de un principio de rechonchez. Todo su cuerpo se hallaba revestido de un excedente de, francamente, no más de un milímetro de grasa. Debo insistir en que esto no es un intento pusilánime de desvelar la noticia de que Matt estaba gordo. Su barriga no tiraba de la camiseta y su mentón no tenía doble papada. Tal vez podría perder algo de peso, pero el que tenía le sentaba bien. Si pesara cinco kilos menos probablemente resultaría menos encantador; parecería demasiado ambicioso, demasiado eficiente, su corte de pelo demasiado duro.

Tras echar dos cucharadas de azúcar en cada taza regresó junto a Maeve. Había empezado otro programa, otro de los favoritos a juzgar por la expresión de sus caras. De cocina esta vez, presentado por un hombre joven y afable llamado Neven Maguire. Acurrucados en el sofá, le vieron saltar vieiras mientras bebían su té y hacían serias incursiones en las galletas. Llevados por un espíritu inclusivo, Maeve se comió una galleta de jengibre de Matt,

a pesar de que el chocolate era negro y no le gustaba, y Matt se comió una minirrosquilla de Maeve, a pesar de que eran tan dulces que los dientes le aullaron. Eran muy, muy atentos el uno con el otro, y en mi estado de desazón eso me relajaba.

Tal vez un cínico habría dicho que era todo demasiado perfecto. Pero estaría equivocado. Matt y Maeve solo estaban actuando como dos personas Muy Enamoradas. Lo suyo era real, porque las vibraciones de sus corazones estaban en perfecta armonía.

No todo el mundo lo sabe, pero el corazón humano desprende una corriente eléctrica que alcanza una distancia de tres metros. Las personas se preguntan por qué alguien cae instantáneamente bien o mal. Creen que es una cuestión de asociaciones: si conocen a una mujer baja y cejijunta, se acuerdan del día que otra mujer baja y cejijunta les ayudó a rescatar su secador atrapado en un seto y no pueden evitar sentir afecto por esta nueva mujer baja, cejijunta y completamente desconocida. O el primer hombre que les dio mal el cambio se llamaba Carl y desde ese día miran a todos los Carl con desconfianza. Pero las atracciones y aversiones instantáneas también son el resultado de una armonía (o falta de armonía) entre las corrientes cardíacas, y los corazones de Matt y Maeve Laten Al Unísono.

El momento en que Matt se enamoró de Maeve...

En realidad, ese momento se veía venir desde hacía tiempo, y finalmente llegó una gélida mañana de marzo, unos cuatro años y tres meses atrás, cuando Maeve tenía veintiséis y Matt veintiocho. Se encontraban en el Dart, el tren de cercanías de Dublín, y no estaban solos; iban acompañados de otras tres personas, dos chicas y un chico, y se dirigían a un curso de formación de un día. Los cinco trabajaban en Goliath, una multinacional de software donde Matt dirigía uno de los equipos de ventas. En realidad era el jefe de Maeve (de hecho, también era el jefe de los otros tres), pero nunca mostraba un comportamiento autoritario; su estilo de dirección consistía en alentar y elogiar, y obtenía lo mejor de los miembros de su equipo porque todos, tanto hombres como mujeres, lo adoraban.

En realidad Matt ni siquiera debería haber estado allí. Tenía un coche de la empresa y solía utilizarlo para acudir a sus citas (siempre se ofrecía a acompañar a los menos afortunados que él), pero ese día en concreto el coche se negó a arrancar, así que tuvo que abrigarse contra los elementos y viajar en el Dart con los demás. Muchas veces, en los difíciles tiempos que siguieron, se preguntaba si, en el caso de que su coche no se hubiera estropeado, habría cruzado la línea de estar encariñado con Maeve a estar enamorado de ella. Pero la respuesta era, naturalmente, sí. Algo habría sucedido, porque él y Maeve estaban destinados a estar juntos.

Matt era un chico de ciudad, nacido y criado en Dublín. Jamás había estado a menos de cien metros de una vaca. Maeve, por el contrario, había vivido en una granja de Galway los primeros dieciocho años de su vida; de hecho, sus compañeros de trabajo la llamaban la Chica Granjera. No hacía mucho había ido a casa para ayudar con los partos y estaba relatando la terrible lucha entre la vida y la muerte de una ternera llamada Bessie que nació prematuramente y luego su madre la rechazó. Aunque a Matt le traían absolutamente sin cuidado las cosas del campo, la historia de la lucha de Bessie por sobrevivir atrajo su interés. Cuando Maeve llegó al final del relato y contó que Bessie estaba ahora como una rosa, le sorprendió lo aliviado que se sintió.

—¿Es un error encariñarse demasiado con los animales? —le preguntó.

—Lo es. —Maeve suspiró—. Durante un tiempo tuve de mascota una cerda. Pobre Winifred. Se la llevaron para hacer lonchas con ella. No volveré a cometer ese error. Ahora tengo un curro y por lo menos sé que morirá únicamente por causas naturales.

—¿Un curro? —preguntó Matt.

—Un pato.

—Ya lo sabía. —O, por lo menos, ahora lo sabía.

Maeve soltó una carcajada.

—¡Eres un fanfarrón!

Los otros tres miembros del equipo se tensaron ligeramente. Aunque de trato fácil, Matt seguía siendo su jefe. ¿Era correcto llamarle fanfarrón? Pero la risa de Maeve estaba llena de ternura y Matt no parecía ofendido en lo más mínimo. Él y Maeve esta-

ban mirándose y sonriendo. De hecho, se miraban y sonreían mucho...

—Llevo su foto en la cartera —dijo Maeve—. Roger. Es precioso.

—¿La foto de un pato? —Matt no sabía qué pensar; se le antojaba muy extraño y al mismo tiempo muy gracioso—. Esto se pone cada vez mejor. ¿Y se llama Roger? ¿Por qué Roger?

—Porque tiene cara de Roger. En serio. Te lo enseñaré. —Maeve sacó la cartera del macuto para buscar la foto pero, en su entusiasmo, abrió sin querer el portamonedas y un alud de monedas cayó al suelo con un estruendo metálico y echó a rodar por todo el vagón del Dart.

Los demás pasajeros actuaron como si nada hubiera ocurrido. Quienes notaban un golpecito en el pie apartaban la moneda de una patada o bajaban brevemente la vista para asegurarse de que no era un ratón royéndoles el zapato y, a renglón seguido, volvían a su mensaje de texto o revista o a su malhumorada introspección.

—¡Ostras! —Maeve se levantó de un salto y rompió a reír—. Adiós a mi calderilla para la lavandería.

Como si poseyera un imán, los trece pasajeros levantaron inopinadamente la vista y en ese momento Matt se dio cuenta del poder que tenía Maeve. No era un poder arrogante, ese poder que otorga la ropa cara o el maquillaje vistoso, porque los tejanos, las Uggs y los rizos enmarañados de Maeve difícilmente tendrían a los gorilas de las discotecas apartando raudamente el cordón rojo para invitarla a pasar. Lo que hacía tan poderosa a Maeve era que siempre esperaba lo mejor de la gente.

Nunca se le pasaba por la cabeza que los desconocidos que la rodeaban no quisieran ayudar y veía su fe recompensada. Matt observó, atónito, cómo casi todos los pasajeros del vagón se arrojaban automáticamente, como si se hallaran en presencia de una imponente deidad, y se ponían a recoger monedas. Matt y los otros estaban ahí, ayudando, pero también naturópatas lituanos, camareros sirios, enfermeros filipinos y colegiales irlandeses. Estaban todos en el suelo, juntando monedas y caminando en cuclillas cual cosacos en cámara lenta.

—Gracias —decía Maeve a medida que recibía las monedas—.

Gracias, muchísimas gracias, sois todos muy amables, bien por vosotros, impresionante, que Dios os bendiga, gracias.

Esta es la persona con quien quiero estar, se descubrió pensando Matt. Luego lo reconsideró. No, pensó, esta es la persona que quiero ser.

Dos paradas más tarde, cuando Matt y su equipo bajaron, Maeve gritó:

—Gracias otra vez, habéis sido muy amables. —Y hubieras podido asar patatas en el calor de la oleada de cariño que dejó a su paso.

A Matt no le cabía duda de que todo el mundo contaría lo sucedido cuando llegara esa noche a su casa. «Una moneda de dos euros chocó con mi pie y pensé, a la mierda, nena, si se te han caído las monedas recógetelas tú, que yo no he parado en toda la semana, pero parecía una persona tan dulce que al final la ayudé a recoger el dinero, ¿y sabes una cosa?, me alegro de haberlo hecho, me siento bien conmigo mismo...»

Una actividad repentina dos plantas más arriba interrumpe mi viaje por el pasado de Matt y Maeve. Subo disparado para ver qué pasa.

Día 61...

Andrei y Jan habían guardado sus libros de texto y estaban saliendo al pasillo, buscando temerosamente a Lydia con la mirada. Todavía me costaba diferenciarlos; vivían tan afectados por su pánico a Lydia que sus vibraciones estaban bastante viciadas. Sí advertí, no obstante, lo siguiente: que Andrei tenía unos ojos sorprendentemente azules que brillaban con la intensidad de un fanático religioso, pero no era un fanático religioso. Jan también tenía los ojos azules, pero los suyos no brillaban con la intensidad de un fanático religioso. Aun así... ajá, aun así tenía un devocionario que leía asiduamente con cierto —¡sí!— fervor.

Cuán cierto es eso que dicen de que no puedes fiarte de las apariencias.

Tras pertrecharse con cerveza y Pringles, se instalaron en la sala de estar para ver *Entourage*. Les encantaba *Entourage*. Era su programa favorito, uno de los momentos culminantes de la semana. Soñaban con ir a Estados Unidos y vivir una vida de *Entourage*, con sol, coches y, por supuesto, mujeres bonitas, pero, por encima de todo, con los muros inviolables de la solidaridad masculina.

Estaban mirando la tele con tal devoción que no oyeron a Lydia entrar en la sala. Solo repararon en su presencia cuando rompió el hechizo de *Entourage* diciendo:

—Chicos, chicos, ¿qué hacéis tan mustios?

—¿Qué quiere decir mustio? —preguntó, inquieto, Jan. Enseguida lamentó haber hablado. El consejo constante de Andrei era: no le des conversación.

—¿Qué quiere decir mustio? —reflexionó Lydia—. Quiere

decir triste, alicaído, apesadumbrado, falto de alegría. —Miró a uno y otro con fingida ternura—. El diagnóstico de la doctora Lydia es que añoráis vuestra tierra. —En un tono que rezumaba falsa empatía, preguntó—: ¿Echáis de menos Minsk, mis ceporritos?

No contestaron. Durante estas tres insufribles semanas se habían acostumbrado a que a Lydia le diese de repente por soltar nombres que terminaban en «insk».

—¡Minnnssskkkk! —se recreó Lydia—. ¿Sssskkk? ¿Lo echáis de menos?

Como no recibía respuesta, dijo, fingiendo sorpresa:

—¿No? Qué poco patriotas.

Aquello fue demasiado para Jan, quien cada instante que pasaba despierto en Irlanda ansiaba desesperadamente volver a su país.

—¡Irlandesa, nosotros no somos de Minsk! ¡Somos de Gdansk! ¡Polacos, no bielorrusos!

En cuanto las palabras salieron de su boca quiso rebanarse la lengua. ¡Lydia había conseguido pincharle! Una vez más, Jan había traicionado a la resistencia.

Profundamente avergonzado, miró a Andrei. «Lo siento, no soy tan fuerte como tú.»

«No te preocupes», le respondió Andrei en silencio. «No es culpa tuya. Esa podría destruir al más valiente.»

(Bien, sus identidades empiezan a salir a la superficie. Andrei, más mayor, más inteligente, más fuerte. Jan, más joven, más cándido, más tonto.)

Lydia se marchó y, tras un largo silencio, Jan confesó:

—Estoy mustio.

Pasaron varios segundos antes de que Andrei hablara.

—Yo también.